

LOS ORIGENES DEL FIN DE LA URSS

POR

ALFREDO SÁNCHEZ BELLA

La sorprendente mutación soviética en los tres días decisivos del pasado mes de agosto fue producida, inicialmente, por dos hechos trascendentales: el acuerdo histórico del Gobierno polaco, en 1980, aceptando la existencia del Sindicato «Solidaridad», gracias al cual, diez años después, el electricista Lech Walesa era el Presidente de su país, cuya revuelta representó el comienzo del fin del socialismo estatista en Europa Central y la imposibilidad de la Unión Soviética de mantener la «carrera de armamentos» para contrarrestar la «guerra de las galaxias» auspiciada por los Estados Unidos.

Fueron, pues, Juan Pablo II, el Papa polaco y Ronald Reagan los dos *motores fundamentales* del viraje en la historia del mundo.

A la vista de esos acontecimientos, Andropov, bien asesorado por la KGB, planeó un viraje trascendental de la estrategia soviética, que en 1985 su fiel discípulo Mijhail Gorbachov trató de llevar a feliz término, con la doctrina de la «perestroika», que pretendía desmontar el viejo edificio comunista, fortaleciéndolo, mediante la «reestructuración», cuyo primer objetivo era eliminar la gerontocracia mediante consulta electoral y la «glasnost» o claridad informativa, para conquistar la opinión pública.

Debe reiterarse que ambas no pretendían *destruir* el comunismo, sino, al contrario, *reforzarlo*, tratando de aplicar tácticas distintas a situaciones diferentes, sin desviarse del mismo fin.

Ello exigía rejuvenecer los cuadros del Partido, dándoles mayor eficiencia y proseguir la penetración en todos los «países hermanos», aplicando con destreza un sistema electoral apropiado

para reemplazar los anquilosados cuadros dirigentes existentes por otros nuevos, más jóvenes, menos burocráticos, más ágiles y flexibles, con mayor sensibilidad a las necesidades de los nuevos tiempos. Y también con mayor capacidad profesional. Ello les permitiría ponerse en condiciones para negociar con Occidente la limitación de la carrera de armamentos, que se hacía insostenible sostener y la reconversión de su economía, que exigía una pausa reorganizativa de, al menos, quince años, para asegurar su competitividad. Era la eterna táctica soviética impuesta por Lenin en los albores del sistema: replegarse sobre sí misma y pactar cuanto fuera necesario para asegurar la supervivencia, que tan buen resultado les dio en otra ocasión crítica, en 1940, vísperas de la Guerra Mundial. Tal es el sentido de la «casa común europea» que auspició Gorbachov, según la cual los países ricos deberían aplicar parte de las riquezas acumuladas en ayudar a sus hermanos centroeuropeos a superar la aguda crisis económica en que estaban inmersos.

Occidente aceptaba en principio esa política, pero exigía garantías políticas para otorgar su ayuda; estos deseos chocaban con el muro de la gerontocracia, que se resistía a cualquier cambio. El sistema —bien se ha visto— no podía modificarse sin destruirse. Cualquier leve flexión, incluso el maquillaje de las formas, engendraba desconcierto, perplejidad y tensiones internas que ponían en riesgo la continuidad del sistema.

En cuanto se estableció una relativamente libre circulación de personas entre los países satélites, una enorme masa de emigrantes intentó forzar las barreras fronterizas de la Alemania Federal y de Austria. La «cortina de hierro» cayó y el «Muro de Berlín» se desfondó porque Moscú lo permitió con su política de «no intervención» en asuntos interiores, que anteriormente reprimió por la fuerza todo movimiento de protesta, lo mismo en Berlín que en Praga, Varsovia o Budapest. Ahora los dirigentes del Politburó y el KGB no veían con desagrado estas convulsiones, porque consideraban que jugaban a su favor para acelerar los cambios, que consideraban les liberaría de una pesada carga económica, que cada día se iba haciendo más insostenible. Que fuera

el Mercado Común Europeo quien resolviera esa crecientemente conflictiva situación económica.

Hasta ese momento todo iba medianamente bien en el proceso evolutivo previamente diseñado, como no fueran las protestas de los desposeídos y las alarmas en su frente interno, cuyo poder y situación de privilegio permanecían intactos.

Lo imprevisto fue que en cuanto la presión policiaca cesó de causar pavor y no aplicó la feroz represión tradicional, el Partido Comunista y las fuerzas de seguridad fueron sorprendidos y desbordados por dos factores imprevisibles nuevos: el poder de las Iglesias, encabezando y dando sede en los templos a los masivos movimientos de protesta, por razones éticas y morales, y la explosión nacionalista antirrusa, que reaparecía vigorosamente, haciendo añicos el internacionalismo proletario. Más que marxistas, las nuevas generaciones se proclamaban polacos, húngaros, checos, eslovacos, rumanos, búlgaros. Ese fue el hecho diferencial.

El tercer gran suceso imprevisto en el planeamiento de la «perestroika» fue la aparición en el interior de la Unión Soviética de tendencias centrifugas, de tendencias separatistas, de cerrada oposición a cualquier centralismo, sobre todo de los países bálticos, recientemente incorporados a la gran Patria rusa, a la que no querían pertenecer. Tendencia similar se manifestaba en Moldavia, Georgia y algún otro territorio, por idénticas razones. En la propia Rusia aparecieron manifestaciones diferenciales, frente a los territorios asiáticos musulmanes. El monolitismo del estado soviético era otra farsa. El último imperio colonial empezaba a desmoronarse. Ello alarmó definitivamente a la «nomenklatura» soviética. El KGB, el PCUS y las Fuerzas Armadas no podían consentir esta diáspora y permanecer cruzados de brazos. Había que hacer algo para imponer la ley y el orden tradicionales. Pero era demasiado tarde.

La actitud de Gorbachov en este proceso ha sido ambigua, equívoca, oscilante, dando dos pasos adelante y uno atrás. Quiso ser leal a sus orígenes, fiel a sus principios, pero las necesidades le imponían seguir otra ruta. Ha ido sobreviviendo por el respaldo occidental, venciendo enormes resistencias. Pero su posición

dubitativa no podía sostenerse, porque era falsa y por ello descontentaba a todos. Y no resolvía nada, mientras complicaba todo.

Cuando se advirtieron síntomas de disgregación territorial, la oposición se extendió y los poderes reales de la Unión Soviética se endurecieron. No estaban dispuestos a ceder, sobre todo el Partido y la KGB. La disciplina militar empezaba a cuartearse. De ahí la aparente confusión del sistema.

Un día aceptaba los principios de la economía libre de mercado, otro reconocía la superioridad de las empresas privadas, al siguiente daba marcha atrás, para abogar las críticas de su frente interno, aceptaba la salida de sus más estrechos colaboradores, como Schevardnadze, para incorporar a hombres con ideologías radicalmente divergentes, se resistían a abandonar sus compromisos con Cuba porque así lo exigía el aparato militar, no abordaban en serio la modificación del enorme complejo industrial militar, que seguía produciendo en serie tanques, aviones y barcos de guerra, sin querer reconvertirse y ponerse al servicio de las necesidades de la sociedad civil.

Todo era hablar, prometer pero sin que en lo sustancial nada cambiara. Porque el sistema era pura táctica, simulación, maniobra diversiva, disuasoria, pero sin atreverse a abordar ningún aspecto sustancial del Estado soviético, ni el económico, ni el político, ni el social. Sólo se permitieron algunas libertades de prensa y opinión, aunque ni los nuevos partidos, ni las elecciones pudieran ponerse verdaderamente en marcha.

Para colmo, Gorbachov no es un experto en cuestiones económicas, sigue sin saber que el rublo, al menos en diez años, no puede ser convertible, que la economía tiene que caer todavía mucho más hasta ponerse en condiciones de volver a empezar. Con todo ello, la situación fue haciéndose cada vez más tensa y el consenso más lejano.

Los hechos que decidieron el golpe de agosto fueron: el intento de Yeltsin de neutralizar al ejército, retirando los comisarios del PCUS de las Fuerzas Armadas, la preparación de un Tratado de la Unión, cuya firma estaba prevista para el día siguiente al

golpe y los intentos de reformar la estructura tradicional del Partido, dando paso al pluripartidismo, acaso al plurisindicalismo. Ciertamente debe reconocerse que hechos tan trascendentes no podrían realizarse sin tener que hacer frente a enormes resistencias. Era un suceso inevitable que en repetidas ocasiones —y por figuras de máxima responsabilidad— ya había sido anunciado.

La actitud de Gorbachov ante los golpistas, sus camaradas más fieles, llamados por él mismo a las máximas posiciones de gobierno, queriendo evitar lo inevitable, fue igualmente ambigua. Sin duda, conocía el golpe. Y aunque no lo respaldó, tampoco se opuso abiertamente a él. Desde ese instante tenía perdida la partida. Su autoridad y credibilidad cayó a los niveles más bajos. Yeltsin, más enérgico y más audaz, ocupó el puesto que él no supo defender, por falta de reflejos y de análisis objetivo de la realidad.

Una nueva revolución se había puesto en marcha. Tiene de común la oposición al marxismo y al centralismo burocrático. La Comunidad de Pueblos soberanos empieza penosamente a surgir del caos. La utopía leninista ya no es creíble. Carece de virtualidad para las nuevas generaciones. Una nueva situación, cargada de peligros e incertidumbres, empieza a dibujarse en la distancia.